

Germán Carrasco V.

CLAVADOS

J.C. Sóez, editor. Santiago. Chile. 2003.

He aquí un libro del cual ya podíamos celebrar la consolidación de un estilo (concepto sobre el que volveremos más adelante), la concreción «definitiva» de una poética que a través de entregas sucesivas (*Miradas. La insidia del sol sobre las cosas*, *Cafas*), dibuja y desdibuja el panorama de una fértil provincia que, sin embargo, no es fácilmente ubicable en el mapa. *Clavados* es la expresión más pulida (los detractores del libro seguramente se esparzarían con este adjetivo) de un Santiago, nombre provisorio de la urbe imaginaria de Carrasco, contrajunto al vocabulario que habitualmente engañan los promotores a ultranza de nuestra modestia coja, incompleta y, a veces, maya, subsidiaria. El selectivo enfoque de la cámara con que el hablante rocerío esta ciudad solo subvierte su cedazo a la hora de dar cuenta de ciertas zonas que no son ni las del esplendor citadino, pero limpian las de la marginalidad tráileriva y manoseada de otros autores de menofrejós recursos: más bien la mirada se desvía —aunque este no es el término más adecuado: la mirada, en realidad, se pasa— por parques y conciliarios, las ya conocidas cunas de sachada cantina, reminiscencias de viajes ficticios y/o verdaderos, lugares de reunión cotidiana (devaluados ante el avance avisallador de una modernización desdida o impuesta, da, a estas alturas, lo irrisor), como las ferias libres, el mercado de paños de Independencia ya referido anteriormente en *Cafas*.

Y ese paseo de la mirada —el pacto hablaria de surfar— escinde tras de sí toda la filosofía implícita en el libro, el carácter rizomático (préstamo Guattari-deleuziano) donde las superficies son todo el posible espesor de la mímica, donde una bella acupuntura japonesa (otro de los tantos motivos recurrentes del conjunto, a la par de las islas extraitas, de los lugares agresivamente monolingües y el canto de los chincoles, entre otras metáforas que recorren de punta a cabo este conjunto) multiplica y no agota la horizontalidad de estas figuras donde todas se remiten las unas a las otras en un *continuum* que hace de la lectura de estos poemas una especie de novela por entregas, donde cada poema pasa a ser un párrafo, un jalónamiento o un capítulo. Si nos detuvieramos, aun cuando brevemente, en el poema titulado “Canto de chincoles (o la más bella acupunturista japonesa)”, veríamos que el texto nos ofrece una nueva vuelta de tuerca, i.e., una ampliación y una profundización de la misticidad de sentido que move al volumen en su totalidad, a saber: la imagen del clavadista y su inmersión orférica, no en las profundidades sino en una piscina vacía, en busca de una potencial Eunídice que no aparece por ninguna parte (*de tu mirar ya no queda ni el perfume*, decía el autor en *Cafas*). Pero en “Canto de chincoles (...)”, la inmersión se hace en la oreja de un auditor (¿la mirada del lector?), a través de la aguja de la acupunturista o del pico de los pájaros. El clavado-pinchazo, entonces (o, tal vez, la intravenosa), ofrece una sanación a través de una melodía, ya sea con la cita de Kotsu (*las melodías que se escuchan con dulzura, para las que no se escuchan ya no son más*), ya sea con la traducción popular del canto de los chincoles, de acuerdo con la cual estos preguntarían más o menos lo siguiente: “¡Eui visto a mi tío Agustín con un

AUTORÍA

Gómez, Cristián, 1971-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Clavados [artículo] Cristián Gómez O.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile

Mapa